

Capítulo dos: La fuerza.

La sala de navegación tenía un pringoso olor a tabaco y alcohol que impregnaba la ropa de todo el que se atrevía a cruzar el umbral. Al parecer, alguien había traído litros de licor de Quelza y cigarrillos para enterrar a una legión. Por supuesto nada de esto estaba autorizado, pero unos traficantes habían llegado hace poco a la base y, no pudiendo escapar de la situación por el bloqueo global de tritio, al final habían sido capturados, y sus mercancías requisadas. Mientras durara el bloqueo, por supuesto, la única forma de deshacerse del material sin romper las estúpidas leyes píjicas era repartirlo entre las tropas.

Cuando Maya y Zuren entraron en la sala, notaron el abrasador azote del aire denso y concentrado producto de la peste que sólo cien hombres y mujeres bebiendo y fumando durante horas, o un solo Preskín apestoso, podían provocar. El espectáculo era digno de ver. Lo que hace unos días eran soldados uniformados en perfecta armonía, recibiendo y enviando mensajes de radio a las naves que maniobraban en la base, ahora eran meras personas, parcialmente uniformadas y en perfecta armonía. Toda la armonía que puede tener un grupo de personas bastante borrachas. Las cartas se mezclaban con la ropa y las botellas vacías cuando alcanzaban el único punto estable, el suelo, donde varios oficiales comprobaban la veracidad de este hecho en onírica actitud. Lara, por su parte, participaba de una mezcla de streap-tease y concurso de bebedores. Su larga cabellera rubia le caía sobre la escasa camiseta empapada en alcohol y, enfrente, una hermosa Fershe, hermosa al menos para su raza de anfibios humanoides, se esmeraba en imitarla y superarla, a pesar de que le costaba mantenerse en pie.

Maya se unió a la juerga saludando a sus amigos y les presentó a Zuren que, aunque algo avergonzado, trató de ser amable y de no llamar demasiado la atención. En el momento en que Maya encontraba una botella de Quelza llena y se disponía a darle un trago, todas las puertas y persianas de seguridad de la sala se cerraron a la vez. Todo quedó en silencio.

— Maya, dime que esto es una broma. — Dijo Lara.

Las luces se apagaron y se encendieron las luces auxiliares rojas. En la megafonía se escuchó una voz entrecortada:

— Se ha producido una avería en Kste sector. Se han cerrado y aislado todas las salas. PKZ favor, permanezca a la espera salvo caso de extrema gravedad. — Era el ordenador de emergencia. El mensaje se repitió varias veces antes de cortarse definitivamente para dar paso a la estática, y luego, al silencio.

— Soldados. — Dijo Maya, pausadamente para que todos le entendieran bien. — Código azul. Esto es una emergencia. Tenemos que conseguir contactar con el resto de la base.

— ¡Ni hablar! — Respondió Mark Hesser, el capitán de la división de navegación. — Yo eshtoy al mando *hic* aquí... Y she hará lo que yo *hip* diga. — Mientras trataba de levantarse, para volver a caer al suelo irremediadamente.

Lara, viendo la situación, recuperó parte de la sobriedad y de la ropa que le faltaban y se dispuso a organizar un plan de acción.

— Lo primero es recuperar a los ebrios y tratar de contactar con el exterior. — Dijo la teniente Nay. — ¿Hay algún electrónico medianamente sobrio en la sala?

— Yo, sheñor... digo... sheñora. — respondió un joven cadete con una jarra en la mano.

— Bien. Encárgate de restaurar la radio y la conexión, a ver si podemos averiguar qué ha pasado. Maya, tú y tu amigo, ayudadme a despertar a la tropa.

Tras varios minutos tratando resucitar a los soldados caídos por el exceso de alcohol, lograron que más de la mitad de ellos se mantuvieran en pie, con lo que podrían llevar a cabo una evacuación de la zona sin demasiados problemas. El encargado de la radio se dispuso a informar.

— Señora, la radio ya funciona, pero sólo he logrado captar un mensaje de emergencia de la estación. Dice que se ha desprendido en parte el módulo y que

existe un riesgo biológico que amenaza la integridad de la estación, especialmente del módulo. No podemos emitir una respuesta desde aquí.

— Bien, soldado. — Respondió Lara. — Tenemos que llegar a los trajes espaciales por si acaso hay una descompresión. Compruebe el estado de nuestra ruta hasta los vestuarios. — Se dirigió a la tropa. — Necesito un soplete y alguien que sepa usarlo.

La Fershe, que estaba buscando su ropa, respondió con un gruñido de aprobación y alzó su equipo de soldadura. A pesar de que su piel era verde y que de su cabeza no colgaba pelo, sino pliegues de piel que contenían una especie de agallas, el resto de su cuerpo era bastante humano y no se diferenciaba demasiado de una mujer humana, aunque algo más húmeda y con más piel entre los dedos. Zuren la había estado observando casi todo el rato y es que, a esa distancia de casa, las diferencias entre especies no significaban demasiado.

— ¿Dónde está Carlos? — Preguntó Maya.

— Aquí, señora. — Respondió un montón de ropa y papeles junto a un barril de Quelza. — K4R10S presente.

De debajo de la basura salió un hombre moreno, de piel suave, que emitía un ligero zumbido electrónico e iluminaba la sala con la luz azul que provenía de algún lugar junto a su oreja izquierda, lo que provocaba un efecto rosado en Maya al combinarse con la luz roja de emergencia y un efecto de extraordinario colorido sobre la Fershe, que acababa de encender su soplete. Esto le recordó a Zuren su sueño, lo que hacía que se sintiera providencialmente condenado a estar en esa sala, en ese momento.

— Carlos, tú vas a ir delante. Quiero que compruebes la seguridad de cada sala antes de que pasemos nosotros. ¿De acuerdo? — Le dijo Lara a Carlos.

— Afirmativo. Iniciando rutina de exploración.

— Bien, chicos. ¿De qué armas disponemos? No sabemos lo que nos vamos a encontrar ahí fuera.

— He contado siete pistolas con veintitrés balas cada una, mi Tronchamontañas y un Infalible. Ah, y Carlos, claro. — Respondió Maya.

— Vale. No creo que el Infalible nos sirva. Será mejor no cargar con nada inútil. Y, por favor, no dispaes esa cosa aquí dentro.

La Tronchamontañas era una pistola que cargaba una sola bala en cada disparo, pero su potencia era capaz de provocar una falla en un bloque de granito de diez mil toneladas. Lo que le podía hacer a un ser vivo estaba lejos del asesinato en las leyes actuales, si es que quedaba algo con ADN para reconocer el cadáver. El Infalible era un rifle de largo alcance y gran precisión, pero bastante pesado. Se usaba como artillería ligera cuando una nave trataba de huir de la base y los cañones no estaban disponibles. Su sofisticado sistema de puntería era capaz de acertarle a un gorrión en un planeta a varios años luz de distancia. Suponiendo, claro, que el gorrión se moviese en una ruta fija y que no se saliera de la atmósfera en el proceso, lo cual superaba con creces las posibilidades de las propias balas impulsadas por una pequeña fusión nuclear.

Carlos, por su parte, parecía un humano, pero el hecho de que llevara una linterna de fibra óptica saliéndole de la oreja indicaba con toda probabilidad que era un androide. Una vez estuvo abierta la puerta que daba al pasillo, Carlos se adentró en él con una pistola y revisó todos los rincones metódicamente para asegurarse de que no había ningún peligro. Poco a poco, la tropa de soldados resacosos comenzó a moverse hacia la puerta y a pasar al pasillo. Zuren trató de quedarse lo más atrás posible, pero Maya le obligó a entrar junto a ella y le dijo que no se alejara. Ahora era el único civil y por tanto la única baja que el alto mando echaría de menos si algún soldado llegaba a sobrevivir.

Una vez en el pasillo y tras las comprobaciones pertinentes, procedieron a abrirse paso a través de la puerta de emergencia, y así un par de veces más hasta que por fin llegaron a los vestuarios. Dentro de ellos, se pusieron los trajes espaciales que les salvarían durante algún tiempo si se daba el caso de que salieran al vacío. Una vez todos estuvieron embutidos en los ajustados trajes metalizados, la teniente Nay se dirigió a la tropa.

— Soldados, tenemos un problema. — Comenzó. — Estamos atrapados en este módulo y desconocemos la gravedad de la situación. Además es posible que haya un agente infeccioso o algún otro ser peligroso en esta parte de la estación. Debemos abrirnos paso hasta el nodo sea como sea. Es posible que no dispongamos de oxígeno suficiente para llegar sin los trajes e ignoramos si hay alguien más atrapado con vida. Nuestra prioridad es llegar al nodo con todos los efectivos posibles. Sólo un equipo de rescate podría salvar a los civiles, y no dudo que habrá uno en camino. Debemos llegar al nodo y prepararnos para volver a rescatar a los supervivientes. Hay que ir hacia arriba, hacia el eje de rotación de la estación. ¿Entendido? No quiero a nadie sin casco. Aunque quede aire, podría estar contaminado. Ponéoslo ahora.

Todos los soldados respondieron con un “Sí, señora.” algo desanimado y se pusieron el casco. Zuren hizo lo mismo mientras trataba de imaginarse qué demonios podría salir peor ahora. Una vez atravesaron un par de puertas de emergencia más, obtuvo su respuesta de parte de Lahane, la Fershe que blandía su soplete para abrir camino.

— Señora, hay un problema. La siguiente sala carece de aire. Si abrimos esta puerta saldremos disparados.

— ¡Mierda! — Dijo Lara. — Daremos un rodeo, a ver si podemos encontrar una ruta presurizada o algo que... — En ese momento, un crujido metálico interrumpió a la teniente, inundándolo todo con un ruido ensordecedor. El suelo comenzó a temblar y a inclinarse y todos cayeron hacia la puerta cerrada. Cuando el temblor se calmó, sólo se oían los lamentos de los soldados aplastados. Lahane había conseguido subir, casi sin darse cuenta, a la parte más alta de la puerta, evitando por poco quedar aplastada, pero se había llevado un buen golpe en la pierna. Bajo ella se amontonaban varios soldados que no habían podido mantener el equilibrio, ya que no habrían podido ni en horizontal. Por suerte, los trajes les habían protegido lo suficiente como para que no tuvieran heridas graves, aunque algunos estaban heridos. Zuren había conseguido agarrarse a una viga que sujetaba el suelo al techo. Maya había acabado sentada sobre el montón de soldados y Lara estaba acostada en el

suelo, con el pie en un saliente de la pared y una mano agarrando la pistola que había conseguido enganchar a la rejilla metálica del suelo.

— ¡Joder! ¿Estáis todos bien? — Gritó Lara. Algunos respondieron. Otros gritaron más.

Cuando todos los soldados que podían volvieron a estar de pie, esta vez menos de la mitad, trataron de proseguir lentamente a través de las estancias laterales, que hasta ese momento habían sido despensas y cocinas, y ahora sólo contenían restos destrozados, algunos quemados, todos inservibles.

Lograron pasar hasta el otro lado, sobre los trozos de estantes y alimentos, pero allí solamente les esperaba un espectáculo atroz. En las galerías principales, unas enormes rutas abovedadas que eran comparables a las avenidas de cualquier ciudad, cientos de cuerpos de seres de distintas razas se encontraban en cada recodo. Algunos trozos de cuerpos caían desde los techos de las tiendas y se deslizaban por el suelo inclinado. Los anuncios de distintos productos parpadeaban aún, resistiéndose a apagarse aún en las peores condiciones. A lo lejos se oían crujidos metálicos y se veía humo subiendo por el hueco de los ascensores.

— Ahí está. — Dijo Maya. — Las escaleras hacia los pisos superiores, hacia el nodo. No íbamos tan desencaminados.

— Hay algo que se mueve allí. Algo caliente. — Informó Carlos. — No distingo si está vivo o es solo el fuego.

— Asegúrate, Carlos. Si hay algún bicho peligroso quiero saberlo cuanto antes. — Respondió la teniente Nay.

Carlos comenzó a descender por el amplio pasillo, agarrándose como podía a los salientes de las estructuras. Cuando había avanzado unos veinte metros habló por la radio.

— Hay algo vivo ahí. No consigo averiguar qué es. No está en mi base de datos. — En esos momentos, que un androide del ejército, que probablemente portaba una buena parte de la enciclopedia universal, dijera que no conocía una especie animal era algo muy preocupante.

— Está bien. — Dijo Lara. — Lo mejor será que vayamos todos los sanos y dejemos a los heridos aquí. Averigüemos si es hostil y lo neutralicemos en ese caso. Adelante.

Maya se adelantó y se dispuso a bajar hasta la posición de Carlos, pero Lara trató de detenerla.

— ¿A dónde te crees que vas? No sabemos lo que es. Debemos permanecer juntos.

— Ni hablar, Nay. No pienso dejar que arriesgues la vida de tantos por un simple bicho. Mejor explorar primero.

— Maya, espera. — Gritó Lara, pero Maya ya se había puesto en camino.

Al acercarse a donde antes estaba el bicho, Maya oyó algo sobre su cabeza. Era como la lluvia al caer sobre las láminas de metal de un búnker. Miró hacia arriba y lo vio. Una enorme bola de pelo blanco y suave, como si fuera plumón, colgando de cientos de enormes patas de crustáceo. No era capaz de distinguir sus ojos, si es que los tenía, ni nada parecido a una boca, pero cada vez se acercaba más y más deprisa, abriéndose paso entre las vigas de acero como si fueran de plástico barato, así que Maya trató de correr. Tras el ruido de unos balazos y el temblor del suelo que provocó aquel ser al morir, Maya cayó rendida al suelo.

Lara miraba a Maya con desprecio y a aquel ser con curiosidad.

— ¿Es que no entiendes mi idioma, Maya? — Preguntó.

— Gracias, Lara. — Dijo Maya.

Se oyó a Zuren por la radio.

— ¡Mei dei! ¡Sacadnos de aquí! ¡Esto está lleno de aliens!

Miraron atrás y vieron descender a otros cinco seres por la galería, sorteando las estructuras que antes suministraban alimentos, ropa y demás a los habitantes del módulo. Algunos soldados trataron de sacar a los heridos. Otros intentaron huir y algunos se encararon con las bestias, pistola en mano.

Tras unos angustiosos segundos, Carlos logró alcanzar la zona y se lanzó directamente sobre uno de los bichos que trataba de entrar en la sala en la que descansaban los heridos. Comenzó a golpearle con todas sus fuerzas y a arrancarle las patas. Mientras agonizaba, la bestia hizo varias brechas en las paredes metálicas para acabar muriendo junto a las otras que se acercaban para recibir igual destino. Desgraciadamente ya era tarde y la mayoría de los soldados tenían ahora heridas mortales, algunos directamente cortados por la mitad. Para cuando Maya y Lara llegaron allí tan solo uno de aquellos seres se mantenía en pie y cayó rápidamente bajo el fuego de la teniente, pero no pudieron hacer nada por sus hombres.

Zuren, que milagrosamente había conseguido evitar las embestidas de las bestias, empezaba a volverse paranoico. Había superado muchas dificultades en su vida, pero nunca nada tan peligroso. Estaba bloqueado desde esa tarde y no sabía qué hacer. A sus pies, Lahane recuperó el conocimiento. Zuren se agachó para ayudarla a ponerse en pie.

Comenzaron a descender hacia las escaleras que daban a los pisos superiores. Entonces Carlos informó de algo aún peor que los bichos.

— La presión ha empezado a descender.

Alguna grieta de las que habían causado esas bestias con sus enormes y afiladas patas debía dar al espacio y el aire se empezaba a salir por ella. Si era así, era también probable que en pocos segundos se agrandara y el viento arrastrara a todos hacia la nada, golpeándolos contra todo lo que hubiera en medio.

— Deprisa, tenemos que llegar a un compartimento estanco. — Dijo Maya.

Todos empezaron a subir las escaleras que les llevarían al nodo con la estación, pero la inclinación lo hacía muy difícil. Cada paso era arriesgado y la barandilla parecía necesitar algo más que una reparación. De repente un viento colosal se llevó a los soldados que no estaban agarrados a nada. Unos segundos después, todo había acabado. Ningún ruido. Ninguna voz. El suelo comenzó a inclinarse más. Sólo quedaban seis.

Para que luego digan que el alcohol no hace daño a nadie...

* * *

El general Miribago contemplaba impotente cómo el módulo tres de la estación Heisenberg Ómicron, cuna de la más alta tecnología de la galaxia, ardía y se separaba cada vez más del resto de la base en silencio.

Un soldado acababa de informar de que ya solo quedaba un enlace del nodo con aire en su interior, y que acabaría por romperse también en pocos minutos. Habían procedido a retirar el equipo de rescate de a pie y se disponían a enviar naves para remolcar el módulo de nuevo hasta una posición estable. Así quizá podrían sacar a los supervivientes. Sin embargo, la cuarta parte del colosal módulo estaba en llamas, consumiendo el oxígeno de los tanques de emergencia. Cuando el fuego se apagara, las posibilidades de hallar supervivientes en un lugar tan grande eran muy escasas. Y además estaban los bichos.

A Héctor no le preocupaban los bichos en sí. Sólo eran cangrejos superdesarrollados con complejo de pollo. Lo que le preocupaba era quién había sido tan insensato como para dejar suelto a uno de ellos. Por supuesto, teniendo en cuenta que en el módulo tres no se permitía la entrada de ningún ser incapaz de escribir su propio nombre bajo ninguna circunstancia, era evidente para el general que se trataba de un ataque terrorista.

— A estas alturas todo el complejo estará infestado. — Dijo el Doctor Kurunda, que estaba al lado del general. — En realidad hemos tenido suerte de que el tanque de etanol estallase de esa forma, separando el módulo del resto. Si no, esos seres habrían atravesado todas las barreras de seguridad.

— ¿Cómo es eso posible, doctor?

— La ingeniería genética ha avanzado mucho desde que mi raza está aquí. Ahora somos capaces de incluir metales pesados en ciertos tejidos. Lo peor es que hasta un niño de primaria podría hacerlo con un manual adecuado. ¿Y sabe qué es lo más divertido, general?

— Dudo mucho que sea divertido.

— Son anaerobios.

Aturdida, Lara trató de levantarse. Luego intentó contar la gente que quedaba. Zuren, Maya, Lahane, el capitán Hesser y Ted Kunstler, un soldado raso de la guardia.

— ¿Estáis bien todos? ¿Qué ha pasado? — Dijo la teniente, tratando de centrarse.

— Cuando se hizo el vacío, varios soldados salieron despedidos. — Respondió Maya. — Entre ellos, Carlos. Al final todos acabamos cediendo, pero la corriente solo nos arrastró unos metros por la galería. Nos hemos reagrupado y ahora estamos en el nivel del nodo. Sólo tenemos que avanzar por la galería principal hasta que lo encontremos. Está unos metros más abajo.

— Bien... — Susurró Lara en la radio. — Si podemos llegar hasta allí quizá podamos salir de este infierno.

— Hay un problema más.

Lara se fijó en lo que la rodeaba. Estaba apoyada en un trozo de chapa que hacía de suelo, pero este estaba a su vez sobre el rincón que hacía la pared con el suelo. Todo estaba a inclinado unos cuarenta grados.

— ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? — Preguntó Lara alarmada.

— Cuando se escapó el aire todo se volvió a poner horizontal. — Dijo Zuren. — Aprovechamos ese momento para subir. Luego empezó a inclinarse otra vez, cada vez más. Creo que aún sigue moviéndose, pero cada vez es más lento.

Lara trató de buscar la fuente de la voz que había escuchado por la radio, pero no la veía.

— ¿Y tú quién eres?

— Zuren Vulperane. Estaba en la sala de navegación cuando ocurrió todo esto. — Zuren estaba observando un aparato que había colocado en el suelo. Era un giroscopio digital. Básicamente indicaba con precisión la dirección de la fuerza de gravedad. Lo llevaba siempre en alguno de los bolsillos por si le hacía falta. Y le hacía falta porque además de calcular la dirección y potencia de las

fuerzas que actuaban sobre el cuerpo medido, era capaz de diferenciar las distintas clases de interacciones que le afectaban. De ese modo podía conocer la dirección correcta de la vertical aunque estuviera en una nave en marcha o en un campo de asteroides.

— El módulo está a unos cuarenta y cinco grados respecto a la normal y no parece que haya nada moviéndolo a parte de la propia estación. — Dijo Zuren.

— Necesitaremos algo para engancharnos al suelo. — Dijo Maya.

— Aquí tengo la solución. — Zuren sacó de sus bolsillos unas pequeñas figuras de metal que parecían tres anzuelos unidos en el centro, formando un círculo. — Jakhems.

— ¿Jakhems? ¿Eso no es un juguete Palusiano? — Dijo Lara inquieta.

— Sí, eso mismo. Pero estos están hechos de acero vitrificado. Aguantarán el peso de una persona sin problemas.

— No me parece seguro.

— No te preocupes. Los usaré para alcanzar algún cable que nos sirva de soporte y luego volveré. Una vez podamos bajar a la altura del nodo, no habrá tanto problema.

Zuren se enganchó los pequeños garfios en las botas y en los guantes y comenzó a engancharse a la rejilla del suelo. Comenzó a avanzar y a los pocos minutos había alcanzado los restos de un cartel publicitario que colgaba de una de las tiendas. Arrancó el cable y volvió a descender.

— Bien. Bajaré yo primero, si no le importa, teniente. — Dijo Zuren.

Ató el cable a una de las vigas de la pared y comenzó a bajar lentamente. Se apoyó en lo que antes era una fuente de mármol y vio el nodo a su derecha, en la perpendicular a la avenida. El nodo no era más que una gran estructura triangulada rodeada de ascensores de gravedad variable. El intenso color azul de los tubos de los ascensores destacaba claramente sobre el resto de las sucias chapas de acero del módulo. Se preparó para saltar hasta allí.

Cogió carrerilla y comenzó a caminar lo más rápido que pudo por el suelo inclinado, agarrado al cable. Cuando estaba llegando a su objetivo el cable empezó a tirar hacia arriba. Había calculado mal. Iba por una ruta más baja de la que debería y el cable se estaba quedando corto porque la esquina de la calle hacía que se doblase, acortando la distancia que podía cubrir con él. Zuren perdió el equilibrio y el traje empezó a deslizarse sobre el suelo con un chirrido metálico, que sonaba apagado en el interior del traje. Estaba a apenas un palmo del objetivo y el cable no daba más de sí. Además casi no le quedaba fuerza y la gravedad empezaba a tirar de él hacia atrás. O soltaba el cable o se quedaba colgando sobre una interminable avenida vacía. Soltó el cable y estiró la mano.

Arriba, en las escaleras, Maya vio el cable regresar a la vertical vacío. Un escalofrío recorrió su cuerpo incesantemente hasta que la radio volvió a sonar.

— Por los pelos. — Se escuchó a Zuren entre estática. — He conseguido llegar al nodo. Está cerca. No deberíais tener problema para cruzar ahora que estoy al otro lado. Id bajando y os agarraré cuando lleguéis.

Uno por uno fueron descendiendo por el cable hasta la fuente para saltar luego hasta el nodo. Una vez estuvieron todos en la parte más estable, donde podían estar relativamente en pie, trataron de entrar a uno de los ascensores.

— ¿Dónde está el equipo de rescate? Se suponía que tendrían que estar aquí. — Dijo Lara.

— Han estado. — Dijo Maya. — He visto un trozo de precinto colgando del nodo. Es posible que los haya absorbido el viento.

— ¡Ya está! — Lahane consiguió abrir la puerta del ascensor y una bocanada de aire salió de la rendija en completo silencio.

Terminó de abrir la puerta, pero dentro no había ascensor. El hueco estaba vacío. Entraron en el compartimiento. La puerta de emergencia estaba cerrada.

— Parece que el otro lado está presurizado. — Dijo Lahane. — Tendremos que cerrar la puerta del ascensor si queremos continuar.

Cerró la puerta y se preparó para abrir la de emergencia. Por suerte ésta estaba preparada para presurizar la estancia en una emergencia como esta. Al abrirla, vieron el interior del tubo del ascensor. Tenía una escalera de mano que llegaba hasta el dentro de la estación, pero el tubo estaba doblado unos metros más arriba y no dejaba ver el otro lado. Además el espacio que dejaba el doblado era el justo para que pasara una persona, pero con el traje espacial sería aún más difícil. Y eso sin contar que el capitán Hesser tenía un brazo roto.

— Subiré yo primero. — Dijo Lara. — Esperad aquí. Intentaré hacerle alguna señal a los de arriba.

La teniente Nay se encaramó a la escalera y subió hasta el hueco que dejaba el doblado. Se asomó y vio el interminable tubo, pobremente iluminado, que llevaba a la salvación. Usó la linterna de su casco para tratar de enviar señales en Morse. No había respuesta. La distancia era demasiado grande y la luz se dispersaba demasiado en el aire. Además no había muchas probabilidades de que alguien mirara justo en ese momento al pozo sin fondo en el que estaban.

Trató de pasar por el escaso hueco que quedaba en el tubo. Trató de empujar las paredes, pero no se movían. Entonces se oyó un crujido metálico. Lara tenía el casco en el agujero cuando el tubo se empezó a mover. Se quedó atascada y, entonces, vio las estrellas. Literalmente.

Delante de su cabeza, el tubo azul del ascensor se rajó y dejó ver el espacio vacío que había al otro lado, iluminado por la lejana galaxia sobre la que orbitaba la estación. El aire comenzó a salir por la brecha y, para cuando Lara consiguió desencajar el casco, se dio cuenta de que no había escalones bajo sus pies. Estaba suelta. En el espacio. Sin nada a lo que agarrarse, entre el módulo de la estación que se desprendía lentamente y la propia estación.

Todos sintieron una intensa sensación de vértigo que conocían bien. Parecía como si todo empezase a caer y continuara así hasta el final de los tiempos. Cuando se acostumbraron se dieron cuenta de lo que había pasado. Estaban en gravedad cero. El módulo se había soltado de la estación.